mas el Salvador consolando á aquel padre afligido : «No temas, le dijo, solamente cree en mí, y tu hija se salva.» Llegados á la casa la encontró toda en un llanto, y se enterneció: «No lloreis, dijo, la niña no está muerta, no hace mas que dormir;» esto es, no está muerta para mucho tiempo; el estado en que se halla no debe considerarse mas que como un sueño, del cual me es tan fácil hacer que salga, como es fácil á cualquiera despertar á una persona que duerme. Como estaban ciertos de que la muchacha estaba muerta, se mofaban de él. Entre tanto habiendo Jesus hecho salir de la habitacion á los llorones y lloronas asalariados con todos los musicos, que segun el uso del país acudian á las ceremonias funerales para tocar composiciones lúgubres, ó para impedir que se oyesen los lamentos, Jesus no quiso que le acompañasen mas que el padre y la madre de la niña, y sus tres discípulos favoritos Pedro, Santiago y Juan, y tomándola entonces por la mano, la dijo en alta voz: «Niña, levántate.» A estas palabras la niña se levantó con tan buena salud como si jamás hubiese estado enferma, y Jesus mandó que se la diese de comer. Los gritos de alegría sucedieron á los llantos; resonaron por toda la ciudad las bendiciones que se tributaban al Salvador, y muy pronto se esparció la fama de una maravilla tan brillante.

§ XXVII.

Mision de los setenta y dos discípulos.

Creciendo todos los dias la miés, hizo entender Jesus á sus discípulos la necesidad que tenia de operarios para cultivar un campo que tanto tiempo hacia estaba erial; y habiendo ya elegido sus doce apóstoles que correspondian á las doce tribus, como si el Salvador hubiese querido elegir un apóstol para cada tribu, quiso tambien elegir setenta y dos discípulos para que trabajasen bajo la direccion de los apóstoles, y en este número se ven seis discípulos por cada tribu, á la manera que Moisés habia elegido setenta y dos personas, seis por cada tribu, para partir con él el peso de los negocios. Habiéndoles reunido en rededor suyo: «Id, les dijo, por todo el país, yo os envio como corderos en medio de lobos (*Luc.* 10): no lleveis ni bolsa, ni saco, ni calzado; esto es, como dice S. Mateo (*cap.* 6), no tengais ni oro, ni plata, ni moneda alguna en vuestra bolsa.» El designio del Salvador no es obligar á sus apóstoles y discípulos á ir con los pies desnudos, ni prohibirles el uso de un baston para apoyarse;

43.

lo contrario se observa en S. Marcos: quiere únicamente darles á entender con que espíritu de pobreza, de mortificacion, de desinterés, de desasimiento y de confianza deben trabajar los obreros del Señor en su viña, siempre prontos á ponerse en camino sin hacer provision de todo lo que podria serles necesario para vivir cómodamente en el tiempo de sus escursiones evangélicas: quiere que caminen con equipaje de simples viajeros, sin llevar víveres en los sacos, sin cargarse de armas, que es lo que entiende bajo el nombre de báculo, ni de muebles inútiles, sin calzados, ni vestidos duplicados, porque Dios provee siempre á las necesidades de aquellos que en los ministerios de caridad no buscan mas que su gloria y la salvacion de las almas, no queriendo en su servicio operarios sensuales y delicados.

En el camino, añadió, no saludeis á nadie; esto es, no os detengais en el camino á hacer visitas inútiles ó vanos cumplimientos. En cualquiera casa que entreis, comenzad por decir: La paz sea en esta casa, y si allí hay un hijo de paz, esto es, una persona temerosa de Dios y con disposiciones cristianas, vuestra paz se aposentará en ella, y sino volverá á vosotros. Por esta palabra paz se entiende, segun el idioma de la Escritura, un deseo de todo género de bendiciones. Por lo demás, permaneced en la misma casa comiendo y bebiendo de lo que haya en ella, y en cualquiera pueblo en donde entreis, si os reciben en él, comed lo que se os sirviere; un verdadero pobre no piensa en pedir lo que mas le agrada, ni rehusa lo que le dan. Curad tambien los enfermos que allí hubiere, y decidles: el reino de Dios, esto es, la salud está cerca de vosotros; aprovechaos de los socorros que teneis.

Habiendo instruido así el Salvador á sus setenta y dos discípulos, les envió á anunciar el reino de los cielos á las villas y aldeas vecinas, en donde predicaron con gran zelo; trabajaron con buen éxito, y volvieron llenos de alegría. «Señor, decian, hasta los demonios se nos han sometido en vuestro nombre, y hemos curado milagrosamente á los enfermos.» Advirtiendo Jesus en ellos una complacencia demasiado material, quiso corregir lo que veia en ella mas defectuoso: «Yo ví á Satanás, les dijo, que caia del cielo como el rayo,» dándoles á entender que el mas noble y mas perfecto de los ángeles se habia perdido por el orgullo; así que por mas santo, por mas querido de Dios que uno sea, debe ser humilde; por mas maravillas que uno haga, por mas frutos que obtenga debe creerse un siervo inútil. «He aquí, añadió, que yo os he dado el poder de caminar sobre las serpientes y sobre los escorpiones y superar todas las fuerzas del enemigo, sin que na-

die pueda resistiros, ni dañaros (*Luc.* 10); sin embargo, no os regocijeis porque los espíritus infernales se sometan á vosotros, estos puros dones no dan mérito; regocijaos, sí, porque vuestros nombres están escritos en el cielo; este es el único motivo de gozo.»

En aquel mismo instante, dice S. Lucas, tuvo Jesus un trasporte de alegría que procedia del Espíritu Santo, y levantando los ojos al cielo: «Yo os bendigo, Padre mio, Señor del cielo y la tierra, esclamó, porque habeis ocultado estas cosas á los sabios y á los prudentes del mundo, y las habeis revelado á los pequeños. Todo lo ha puesto mi Padre en mis manos; y ninguno sabe quién es el Hijo sino el Padre, ni quién es el Padre sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo se dignáre revelarlo.» Despues, volviéndose á sus discípulos: «Dichosos, les dijo, los ojos que ven lo que vosotros veis, hijos mios, porque os aseguro que muchos profetas y reyes han deseado ver lo que vosotros veis, y no lo han visto, y oir lo que oís, y no lo han oido.» Entonces un doctor de la ley se levantó con la idea de tentarle. «Maestro, le dijo, ¿qué haré para salvarme?» Respondióle Jesus: «Qué está escrito en la ley? ¿Qué lees tú en ella?—Amarás al Señor tu Dios, repuso el doctor, con todo tu corazon, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con todo tu espíritu, y á tu prójimo como á tí mismo.—*Has respondido bien*, le dijo Jesus, *haz esto y vivirás.*» Queriendo saber el doctor si bajo de este nombre, prójimo, comprendia Jesus á los estranjeros, ó solamente á los hermanos, le dijo: «¿Y quién es mi prójimo?» á lo cual contestó el Salvador con la parábola de un hombre que habiendo caido en manos de ladrones, y habiendo sido herido y dejado en tierra medio muerto, no fué socorrido ni por un sacerdote, ni por un levita, que habian pasado sin darle ningun auxilio, sino por un samaritano caritativo, que compadecido de él le habia prodigado sus cuidados, y curádole por sí mismo sus llagas, haciendo ver por este ejemplo que el amor del prójimo debe ser un amor universal, un amor eficaz, y no un amor de nacionalidad, ni de puro cumplimiento.

§. XXVIII.

Satisface Jesus con cinco panes y dos peces á mas de cinco mil personas.

Entre tanto habiendo sabido Jesus que Herodes habia quitado la vida á S. Juan, y sabiendo lo que se decia de él en la corte del príncipe, se metió en una barca con sus discípulos, y habiendo

atravesado el lago de Genezareth, fué á abordar á un sitio muy solitario frente de Bethsaida. No obstante, por mas desierto que estuviese aquel sitio, se vió á poco tiempo venir á él una muchedumbre de pueblo: mas de cinco mil personas habian andado á pié casi todo un dia para venir á verle, y era menester que hicieran otro tanto camino para volver á sus casas sin haber tomado alimento alguno. Luego que el Salvador los hubo instruido y curado los enfermos, viendo los discípulos que se hacia tarde, le dijeron: «Señor, despedid á este pueblo para que vayan á las aldeas vecinas á comprar que comer;» mas Jesus les dijo: «No hay necesidad de que vayan, dadles vosotros de comer.—Nosotros no tenemos aquí, respondieron, mas que cinco panes y dos peces; pero ¿qué es esto para tantos? Doscientos denarios de plata de pan (*) no bastaria para dar á cada uno un pedacito,» añadió Felipe. Hizo, pues, Jesus que le trajesen los cinco panes y dos peces, y habiéndolos bendecido los hizo distribuir á todo aquel pueblo; todo el mundo comió y quedó satisfecho, y se recogieron doce cestones llenos de pedazos que sobraron.

Un milagro tan asombroso sorprendió tanto á aquella muchedumbre, que cada uno de ellos esclamaba: «Este es el Profeta que debe venir al mundo.» Hasta pensaban llevársele y proclamarle rey; pero habiendo Jesus conocido su intento, huyó segunda vez á la montaña. Hácia la tarde tomaron sus discípulos una barca y pasaron el mar para ir á Cafarnaum. Mientras tanto habiendo sobrevenido un gran viento, se alborotó la mar, y no habiendo podido los apóstoles abordar á fuerza de remos, se creyeron perdidos, tan violenta era la tempestad. Conoció el Salvador en su soledad su temor y su peligro, y no tardó en remediar el uno y el otro.

Hácia las cuatro de la mañana se fué á ellos caminando sobre la mar. Al ver los apóstoles un hombre que caminaba sobre las aguas, se asustaron creyendo ver un fantasma. El espanto les hizo dar un gran grito; mas Jesus les calmó: «No temais, les dijo, soy yo.—Señor, esclamó Pedro, si sois vos, mandadme que vaya á buscaros caminando yo tambien sobre el agua.—Ven,» le dijo Jesus. Inmediatamente bajó Pedro de la barca y marchó atrevidamente á su encuentro sobre el agua; pero habiéndose arreciado el viento tuvo miedo, y comenzando á sumergirse: «¡Ah, Señor! esclamó, salvadme, yo me hundo.» Tomándole Jesus por la mano: «Hombre de poca fe, le dijo, ¿por qué has du-

(*) Viene á ser de nuestra moneda de vellon doscientos treinta y cuatro reales y diez maravedises.

dado?» Tanta verdad es que nos sumergimos, nos perdemos aun á la vista de Jesucristo, luego que dudamos, luego que vacila nuestra fe, toda vez que se debilita en nosotros. No bien hubo Jesus entrado con Pedro en la barca, cuando en el instante cesó el viento, y la mar se quedó en calma. Todos estos prodigios hicieron abrir los ojos á lós discípulos, que no habian hasta entonces hecho la reflexion debida sobre el milagro de los cinco panes: comenzaron ya á hacerles impresion todas estas maravillas, y á reconocer por Hijo de Dios al que era autor de ellas, y postrándose á sus pies le adoraron.

Apenas hubo desembarcado en la tierra de Genezareth, de la parte de acá del lago, cuando se estendió por todo el país la noticia de la llegada del gran profeta, lo que fué causa de que adonde quiera que Jesus se presentaba, le traian de todas partes enfermos en camas portátiles; se les esponia fuera de las casas y se le rogaba que permitiese no mas que le tocasen la orla de su ropa, y todos los que la tocaban quedaban en el momento perfectamente curados.

Conociendo bien Calvino cuan visiblemente condenan estos hechos maravillosos sus errores y el desprecio que él hace de las reliquias de los santos y de su culto, no se contenta con acusar de supersticion á los de Genezareth; tiene tambien la insolencia y la impiedad de condenar la condescendencia de Jesucristo, porque toleraba que se atribuyese á sus sagradas vestiduras una virtud milagrosa que era solo propia de su persona sagrada, y que les consintiese esperar que tocando la orla de su vestido quedarian curados.

El pueblo á quien el Salvador habia saciado milagrosamente con cinco panes, ansiaba por saber lo que habia sido de él: habian visto entrar á los apóstoles en la barca, y sabian que Jesus no se habia embarcado con ellos; por esto quedaron sorprendidos cuando supieron que estaba al otro lado del lago con sus apóstoles, sin saber como habia ido allá. Desde luego se persuadieron habria ido á Cafarnaum, é inmediatamente fueron todos allá, y habiéndole encontrado le dijeron: «Maestro, ¿cuando has venido aquí?»

El Salvador sin detenerse á responder á una curiosidad tan inútil, les dijo: *No me buscais por haber visto mis prodigios, sino á causa de los panes de que habeis comido, y porque habeis sido satisfechos con ellos.* (*Joan.* 6.) Manifestábales el Hijo de Dios en esta pequeña reprension cual era su disposicion interior, y cuan interesado era el motivo de su solicitud. «En lugar de mirar los milagros que yo hago como las obras de un Dios, y como pruebas brillantes de que soy el Mesías, no mirais mas que el provecho temporal que os puede resultar de ellos; vosotros no me seguís sino por miras groseras y carnales. Siendo vosotros en número de mas de cinco mil, habeis quedado todos satisfechos con cinco panes; este milagro os ha pasmado, y viendo que nada os falta siguiéndome, me buscais con empeño, pero no por esto me creeis el Hijo de Dios y el Mesías: los panes materiales, milagrosamente multiplicados, os han satisfecho, y los habeis encontrado de un gusto esquisito; y viendo que sin trabajar hallais en mi compañía vuestro alimento corporal, no buscais al seguirme otra cosa. Creedme, tened motivos mas puros y menos interesados: el pan que os he dado mantiene vuestro cuerpo; desead otro mas precioso y mas divino que sea alimento de vuestra alma: *Haced de modo*, les dice, *que tengais un alimento que no se corrompa, sino que se conserve hasta la vida eterna, y que el Hijo del hombre os dará; porque el Padre*, les añade, *que es Dios, le ha marcado con su sello.* (*Joan.* 6.)» Habla Jesucristo aquí bajo del nombre de *pan* y de *alimento* de su propio cuerpo, como lo dice con mas claridad aun mas adelante: el Padre, como á Dios que es como él, le ha marcado con su sello; esto es, le ha comunicado todo su poder, comunicándole sustancialmente su naturaleza divina: como si dijese, siendo Dios como mi Padre, soy tan poderoso como él; así que no estrañeis que yo pueda obrar el prodigio de daros en alimento mi propia carne y mi propia sangre.

Los que le escuchaban le preguntaron inmediatamente qué era lo que debian hacer para merecer un beneficio tan insigne: «Lo que debeis hacer, respondió el Salvador, es tener una fe viva, creer mi palabra, y creer en aquel que mi Padre ha enviado; persuadiéndoos que yo soy el Mesías, y que por mas superior que sea á los sentidos y á la razon humana la maravilla que debo hacer, sometais ciegamente todas vuestras luces naturales á las de la fe.»

El Hijo de Dios, que conocia perfectamente todo lo que pasaba en el fondo de los corazones, habia tenido mucha razon para decir á los que le escuchaban que ellos no apreciaban sus milagros sino con relacion á las ventajas que les resultaban de ellos, y que tampoco creian que era el Hijo de Dios y el Mesías, puesto que tuvieron la impudencia de preguntarle cuáles eran sus obras para que debiesen creer que él era el Hijo de Dios. «¿Cuál es el milagro que haces, le dijeron, que nos obligue á creer tan ciegamente tus palabras? Es verdad que has alimentado mas de cinco mil personas con cinco panes; pero esto un solo dia: mas Moisés

ha alimentado por espacio de cuarenta años mas de seiscientas mil con el maná que caia del cielo; ¿ podrias tú hacer algo mas que Moisés?» A esta reconvencion les repuso Jesus: *En verdad, en verdad os digo: no es Moisés el que os ha dado el pan celestial; mi Padre es el que os da* en mi persona *el verdadero pan celestial; porque el pan de Dios es aquel que viene del cielo, y da la vida al mundo.* (*Joan.* 6.)

«Danos, pues, siempre de este pan,» esclamaron. Entonces Jesus esplicándose aun mas claramente sobre el misterio de la divina Eucaristía, que era el principal objeto de todo este discurso: «Yo soy, les dijo, el pan de vida; el que viene á mí, que cree mi palabra, que cree en mí, no tendrá jamás ni hambre ni sed. *Pero ya os lo he dicho*, añadió, *vosotros me habeis visto, y sin embargo no creeis*: vosotros me habeis visto hacer milagros, os admirais, os llenais de contento porque encontrais en mí la curacion de vuestras enfermedades y el alivio en todos vuestros males temporales, y á esto se reduce todo, porque no buscais otra cosa. Mis portentos os admiran; pero ¿os hacen mas dóciles á mi palabra? ¿Producen en vosotros una verdadera fe, sin la cual mis mayores beneficios serán inútiles? *Sin embargo, la voluntad de mi Padre que me ha enviado es*, añadió, *que cualquiera que vé al Hijo, y cree en él, tenga la vida eterna.*»

De este modo preparaba el Hijo de Dios aquellos espíritus materiales y carnales al mas espiritual y mas maravilloso de todos los misterios; pero aquel pueblo indócil y grosero, léjos de rendirse á las verdades que el Salvador les sensibilizaba con hechos tan prodigiosos, *murmuraban contra él, porque habia dicho: yo soy el pan vivo que he bajado del cielo* (1. *Cor.* 2.), y decian: «¿No es este Jesus, el hijo de José, cuyo padre y madre conocemos? ¿cómo es que dice, yo he bajado del cielo?» Tanta verdad es que el hombre animal no concibe lo que es del espíritu de Dios, que los efectos mas admirables de su omnipotencia, de su sabiduría y de su amor infinito son frecuentemente para él una locura, y nada puede comprender de ellos. Respondióles entonces Jesus: «No murmureis entre vosotros; ninguno puede venir á mí, si el Padre que me ha enviado no le trae.» Habia prevenido el Salvador su incredulidad y sus murmuraciones por sus milagros, que demostraban claramente su omnipotencia y su divinidad; y por sus palabras, declarándoles que sin la fe nada comprenderian de su doctrina. Díjoles, pues, aquí: «Que siendo el misterio de la Eucaristía que les prometia instituir superior á los sentidos y á toda la razon humana, solo aquellos que no resistian á las impresiones de la gracia, que son dóciles y no cierran los ojos á las luces de la fe, eran los que podian comprenderle. Ignorais, les dice, que está escrito en los profetas: Serán todos discípulos de Dios mismo; *serán todos dóciles á la voz de Dios*. En la escuela de Dios es necesaria la docilidad, es indispensable una fe sencilla; sin esta fe no hay mas que ceguera, error y muerte en esta vida, y despues de ella.

«Vosotros me decís que vuestros padres han comido del maná en el desierto: es verdad, pero no han dejado de morir; el maná no ha podido preservarles de la muerte en el tiempo, ni procurarles la vida eterna. Solo yo, propiamente hablando, puedo preservarles de la muerte, porque yo soy el pan de vida: yo daré á los que creyeren en mí la vida del alma, la cual será una prenda segura de su resurreccion bienaventurada, y de la inmortalidad de sus cuerpos. Aquí está, propiamente hablando, el pan que ha bajado del cielo, á fin de que si alguno come de él con las disposiciones necesarias no esperimente la muerte del alma; este pan divino, de que os hablo, será para los buenos, esto es, para los que animados de una viva fe le comieren en estado de gracia, una prenda segura, y como las arras de una vida bienaventurada y eterna; será tambien para los malos que carecieren de fe, ó que teniendo fe le comieren en estado de pecado mortal, una seguridad de su eterna condenacion.»

§. XXIX.

Jesucristo declara positivamente su presencia real en el sacramento de la Eucaristía.

Habiendo Jesucristo preparado así para este gran misterio de la Eucaristía los espíritus materiales y groseros de los judíos, comenzó á hablarles claramente y sin figura de la manducacion verdadera y real de su cuerpo: las palabras de que se sirve son tan espresas y tan positivas, que los judíos, aunque acostumbrados á un estilo metafórico y figurado, segun el genio y el uso del país, no pudieron menos de tomarlas en el sentido propio y literal (tan claro era que Jesucristo hablaba en esto sin metáfora y sin figura), lo cual no habian hecho cuando el Salvador habia dicho que él era *la verdadera vid*; que era la *puerta del aprisco; el buen Pastor; la luz del mundo; que era en fin el camino, la verdad y la vida*; por esto, no hubo entonces ninguno de los judíos que se atreviese á reclamar contra todas estas proposiciones; veian bien que hablaba en sentido figurado y por metáfora; pero cuando dice aquí, que él es el pan vivo que ha

bajado del cielo; cuando dice que *su carne es un verdadero alimento*, y que *su sangre es verdaderamente una bebida;* cuando dice que *el pan que debe darles es su carne;* y que *si no comen la carne del Hijo del hombre, y si no beben su sangre, no tendrán la vida en ellos*, y que esto lo dice de una manera tan positiva, tan firme, que añade á ello una especie de juramento; cuando, repito, habla de esta manducacion real de su cuerpo, lo hace de un modo tan claro, tan positivo, tan espreso, que no hubiera podido esplicarse mas claramente, ni decir en términos mas formales, mas propios, ni mas enérgicos, que el pan que les daria á comer era realmente y sin figura su propio cuerpo, su carne, y su sangre.

Los judíos se penetraron bien del pensamiento del Salvador; comprendieron que Jesucristo no hablaba en un sentido figurado, sino de una manducacion propia y real; así es, que se dijeron unos á otros: «¿Como puede darnos este hombre á comer su carne?» Si Jesucristo no hubiese dicho mas que lo que le hacen decir los herejes de estos últimos tiempos, si no hubiese hablado mas que de la manducacion por la fe, y no hubiese querido decir otra cosa sino que este pan era la figura de su cuerpo, y no su carne misma, conociendo lo que pensaban sus oyentes, sabiendo lo que les chocaba, y oyendo hasta sus murmuraciones, ¿podia dejar de decirles que no debian tomar por la realidad lo que no les decia mas que en figura? ¿podia dejar de endulzar y de modificar sus espresiones y sus términos? ¿no estaba obligado á ello? Sin embargo, hace todo lo contrario, les confirma en su opinion, se sirve de términos todavía mas fuertes y mas claros, y añade cierta manera de hablar que no empleaba sino cuando queria decir alguna cosa que mereciese particular atencion, y que queria darla á entender mejor: «En verdad, en verdad os digo, y nunca os lo diré demasiado, que si no comeis la carne del Hijo del hombre, y no bebeis mi sangre, esta carne y esta sangre que componen realmente mi cuerpo, no tendreis la vida en vosotros.» Y para manifestar mas sobreabundantemente su pensamiento, y el verdadero sentido de sus palabras, añade inmediatamente: *Porque mi carne es verdaderamente una comida, y mi sangre es verdaderamente una bebida; y el que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí y yo en él. En verdad, en verdad os digo, si no comeis la carne del Hijo del hombre, y si no bebeis su sangre, no tendreis la vida en vosotros;* esto es, no perseverareis mucho tiempo en estado de gracia. *Yo soy el pan de vida. Vuestros padres han comido el maná en el desierto, y han muerto; si alguno come de este pan vivirá eternamente, y el pan que yo os daré, es mi carne:* es el mismo cuerpo que debe ser inmolado en la cruz por la salud de todo el mundo.

Notemos que así es como habla Jesucristo, y que así responde á los que acababan de testificarle el trabajo que les costaba creer que el pan que queria darles á comer fuese su propia carne, y que le habian dado á conocer que no podian imaginarse que su propio cuerpo, que su propia carne pudiese jamás darse á comer, que pudiese nunca ser verdaderamente alimento, y que murmuraban de ello. Dígannos los herejes de estos últimos tiempos cómo hubiera debido espresarse Jesucristo, de qué otros términos mas claros, mas propios, mas formales, hubiera debido servirse para decirnos que la divina Eucaristía contenia realmente su cuerpo, que lo que nosotros comeríamos en este sacramento era su propia carne, que nos daba realmente su propia carne á comer, en una palabra, que pensaba de esta maravillosa manducacion, como piensa, como cree la Iglesia católica.

Descúbrese bien en todo este discurso de Jesucristo, por los términos propios, espresivos y naturales de que se sirve, por el giro y las espresiones que emplea, y por las frecuentes repeticiones de los mismos términos, con cuanto interés tomaba este gran misterio, y cuanto temia el que se creyese que en los términos de carne y sangre, de beber y de comer, hablaba en un sentido figurado y por metáfora, hablando de un misterio y de un prodigio que choca á todos los sentidos y aun á la razon humana, y en el que se pierde el entendimiento humano. Los que le escuchaban tomaron tambien lo que decia en el sentido propio y segun la realidad; comprendieron que no era en un sentido figurado en el que Jesucristo queria darles su propia carne á comer y su propia sangre á beber, y esto fué tambien lo que obligó á algunos de sus discípulos, no de los setenta y dos, sino solo de los que hasta entonces le seguian ordinariamente, á esclamar: *Este discurso es duro, ¿y quién puede escucharlo?* Como el Salvador no esplicaba este misterio en particular ni en secreto, sino públicamente en Cafarnaum, y en plena sinagoga, encontró muchos incrédulos que pensaron entonces, como piensan hoy los herejes, que esta doctrina en órden á la Eucaristía era insostenible, y que entendiéndola Jesucristo en el sentido propio y no figurado sublevaba los sentidos y la razon (*Joan.* 6.); mas sabiendo Jesus, por sí mismo, que murmuraban sobre esto, les dijo: «¿Os choca esto? ¿pensais acaso que me sea mas difícil el daros realmente mi cuerpo á comer, que elevarme por mí mismo visiblemente al cielo en virtud de mi omnipotencia? Sin embargo, vosotros vereis con vuestros ojos este prodigio; ¿por qué no que-

reis, pues, creer este otro milagro? *Creedme*, añadió, *el espíritu es el que vivifica, la carne no aprovecha para cosa alguna.* (*ibid.*) Solo sirve, si se la escucha, para hacer caer en el error. Sabed, pues, que *lo que yo os he dicho es espíritu y vida.* Yo soy el camino que no puede estraviaros, la verdad que no puede engañaros, la verdad que es eterna: yo soy el camino que conduce á la verdad, yo soy la verdad que da la vida.» El camino de los sentidos conduce al error, y el error da la muerte al alma. En este misterio, si no se escucha mas que á la carne, esto es, una razon enteramente humana y carnal, si no se consulta mas que á los sentidos, todo choca, todo da en rostro: es menester elevarse sobre los sentidos y sobre la razon misma por la fe, y á favor de estas luces enteramente espirituales de la fe es necesario contemplar este misterio. El espíritu es el que vivifica, porque el justo vive de la fe: por el contrario el pecador y el hereje, sumergidos en el error, por no elevarse jamás sobre la carne y los sentidos, se hallan en un estado de muerte, porque la carne lo mismo que la letra mata.

En este sentido dijo el Salvador algun tiempo despues á Pedro: «No es la carne ni la sangre quien te lo ha revelado, sino mi Padre que está en el cielo.» Diciendo Jesucristo que el espíritu es el que vivifica, y que la carne no aprovecha, no dice que su carne unida hipostáticamente á la divinidad, que queria darnos por alimento del alma, no servia de nada; no hablaba sino de nuestro modo de concebir enteramente carnal y material, el cual es incapaz de hacernos comprender lo que la omnipotencia de Dios puede hacer, y en este mismo sentido decia S. Pablo despues, que *la letra mata, y el espíritu vivifica* (2. *Cor.* 3), *y que el hombre animal no conoce lo que es del espíritu de Dios.* (1. *Cor.* 2.)

Conocia Jesucristo perfectamente todo lo que pensaban los cafarnaitas, quienes no teniendo mas que una inteligencia del todo carnal creian que el Salvador queria darles su carne á comer, y su sangre á beber, del mismo modo que se come y se bebe lo que sirve de alimento al cuerpo; creian, dicen los santos Padres, que Jesucristo queria darles materialmente se carne á pedazos para que la comiesen; y he aquí lo que les obligaba á esclamar y decir: *Duro es este discurso, ¿quién es capaz de entenderlo?* y lo que obligó al Hijo de Dios á decirles que la carne en sí misma separadamente de la divinidad y del espíritu que vivifica, no serviria para nada. Que era como si dijese, la carne humana separada de la divinidad, tal como la de todos los puros hombres, es una vianda corporal que causa horror; que no es á propósito

mas que para la podredumbre, y que no puede servir de alimento sino á los salvajes y á las bestias carniceras; pero mi cuerpo, que pretendo daros por alimento, es una carne unida sustancialmente á la divinidad: en este concepto debe ser alimento del alma, á la cual da la vida eterna; porque ella alimenta el alma, y la da la vida eterna, es menester no separarla del espíritu que vivifica, esto es, de la fe. Los judíos de Cafarnaum que se habian escandalizado del misterio de la Eucaristía, miraban á Jesucristo como un puro hombre, y no consideraban el misterio de la Eucaristía con los ojos espirituales de la fe: díjoles, pues, el Hijo de Dios, que lo que les habia dicho era espíritu y vida, y que no debian entenderlo de un modo grosero y carnal, como lo habian creido al principio; que su carne unida á la divinidad era la que debia ser alimento espiritual del alma, y no del cuerpo, y que aunque lo que deberia darse para que la comiesen seria real y verdaderamente su carne, esto se haria sin embargo de un modo enteramente maravilloso bajo las apariencias de pan, de modo que esta manducacion nada tendria que chocase á los hombres, pero que no aprovecharia sino á los que tuviesen una fe viva y un corazon puro.

§. XXX.

Escandaliza á algunos discípulos de Jesucristo el misterio de la Eucaristía y apostatan.

Esta aclaracion no fué sin embargo parte para que algunos de los que habian estado hasta entonces entre los discípulos del Salvador, no hallasen aun esta doctrina y esta verdad demasiado dura; como no comprendian que Jesucristo fuese el Hijo de Dios, y como no le miraban sino como un puro hombre, no quisieron jamás creer que pudiese hacer lo que decia.

Por mas zeloso que fuese el Salvador de su salud no se cuidó de modificar en nada su doctrina sobre este misterio, sabiendo bien que nada habia dicho que no fuese verdadero: contentóse con decir, lamentando su incredulidad, que no ignoraba que habia entre ellos quienes no creian: porque siempre habia tenido el conocimiento, añade S. Juan, de los que no creian, y de aquel en particular que le entregaria (hablaba del traidor Judas, débil en la fe, y que se puede mirar como el jefe y el padre de todos los herejes que niegan la presencia real de Jesucristo en el Sacramento adorable de la divina Eucaristía.) Por esto, añadió Jesus, que nadie podia venir á él, si no habia sido